



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

LUNES 1.º DE SETIEMBRE DE 1873.

NÚM. 132.

LA LUZ.

Crítica vá haciéndose por demás la situación de España. Las hordas carlistas crecen como por encanto. Vienen á asolar este pobre país presa de tantas convulsiones y de tantos delirios. Treinta mil hombres hay en el Norte; seis mil en Castellón; otros muchos repartidos por todo el ámbito de la Península. Y qué hay que oponerles? E casar fuerzas liberales. En el año 33 al 40 hubo algo con que contrarestar sus esfuerzos, el espíritu de libertad que animaba al país y que hoy está apaciguado y muerto. Circunstancias, cuyo examen no son de la índole de un periódico como el nuestro, nos han traído á este término. El partido creído por todos muerto y sepultado, se levanta siniestramente á pedir asiento en la vida, y patente de buena salud. Esto es extraño, casi increíble, y sin embargo, es cierto, dolorosamente cierto.

¡Ay si vienen ellos! A los libertad religiosa comprada á precio de tantos sudores y de tantas lágrimas, adios iglesias cristianas, reuniones cristianas. La Iglesia de Dios en España se dispersará como el rebaño á quien falta el pastor. Cada uno tendrá que ser el doctor de sí mismo, el pastor de sí mismo; miento, entonces cada cristiano tendrá que dirigirse más vivamente á Jesucristo y pedirle toda clase de luces, porque entonces faltarán pastores que hablen, periódicos que ilustren, tratados que enseñen. Cada cual tendrá que orar en un rincón, en silencio, porque será un crimen orar; cada cual tendrá que leer su Biblia á escondidas, porque será una infamia leer la Biblia y ¡ay de aquel á quien se encuentre una! ¡Ay de aquel que se sepa que es cristiano evangélico!

No se crea que exageramos, no. Si los tiempos estan hoy más adelantados; si la civilización ha matado ciertas cosas, no se crea que las persecuciones, si el carlismo se apoderara del poder, no tendrían lugar. ¡Vana ilusión de un corazón generoso! Toda idea tiene que responder forzosamente á su historia, á su pasado, á sus compromisos naturales, y el absolutismo no tiene un gran pasado de libertad que digamos. Si no se resucitaban las hogueras, porque el espíritu del siglo se opone á ello, habría prisiones, encarcelamientos, vejámenes. El absolutismo no puede renegar de sus tradiciones, y un cura no perdona jamás. La Iglesia romana ha tragado demasiada bilis en estos

últimos tiempos para que no se desahogara en España si se la presentaba la ocasión. Hay que estar prevenidos y apercibidos, y hay que orar mucho, sobre todo, para que Dios aleje esa calamidad de España, una de las más grandes que pueden caer sobre nuestro país. ¡El absolutismo restablecido en España en toda su pureza en el último tercio del siglo XIX! ¡Qué vergüenza!

Que el país volviera en sí y todas las fuerzas vivas de la nación se agruparian al instante para derribar á aquel monstruo, es indudable. Pero entretanto ¡qué trastorno, qué confusión! Nos pondríamos al nivel de la Rusia lo ménos; la enseñanza volvería á poder de los curas; las Universidades serian limpiadas, purificadas y expulsados los profesores actuales; la ignorancia y el embrutecimiento absolutistas, como una fúnebre ave negra, volvería á cernerse sobre el cielo purísimo de la patria. ¡Aleje Dios de ella tan fúnebres días!

Entretanto, ¿cuál debe ser nuestra conducta? La de la espectación. Dejemos á un lado, que no es de este momento, la cuestión de si el cristiano debe ó no pelear por la libertad de su patria. Lo que sí debemos hacer todos es orar y orar con insistencia; leer las Santas Escrituras y prepararnos cristianamente para todo lo que pueda suceder. La Iglesia de Dios no muere sin duda nunca. Cuando las dragonadas en Francia, los cristianos se reunían en los bosques, y á veces, siendo esto hasta imposible, entraban en barcas, y en alta mar hacían su culto en presencia sólo de Dios y de las amargas olas, más benévolas que los hombres, porque á lo ménos entre sus móviles pliegues les concedían un lugar para levantar á Dios sus corazones. Fé, y no hay que desmayar. El que tiene más fé, tiene más valor. ¡Adelante los fieles, que son los valientes!

EL PERDON DE LOS PECADOS.

Dios, en su palabra de amor, nos manifiesta de una manera clara y terminante el modo de cómo podemos ser salvos. Él nos dice que podemos ver libre nuestra alma del pecado y de la culpa, y de consiguiente de su terrible ira. Él ha hecho todo lo que había que hacer para que nosotros no hiciéramos nada. Nos ha dado su Hijo para que muriera por nosotros y nos salváramos si aceptáramos esta ofrenda; nos ha dado su Palabra para que sea

nuestra guía y nuestra luz en esta vida; roca á veces nuestro corazón, cuando lo necesitamos, con la gracia de su Santo Espíritu; en una palabra, ni ha podido ni puede ser más bueno que lo que es para nosotros. Continuamente está haciendo llegar á nuestra alma frases como esta: «¡Dios encierra su caridad para con nosotros, porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros!» Otras veces nos repite aquellas palabras tantas veces oídas, y que sin embargo tan dulcemente resuenan en el corazón de todo verdadero discípulo de Jesús: «Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él crea no se pierda, sino que tenga vida eterna.»

Creando estas agradables nuevas que Dios nos ha dado por medio de Jesucristo, somos hechos participantes de Él. Entonces ya «tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia.» Esta remisión de los pecados nos es necesaria. O la alcanzamos ó estamos llamados á perecer. ¿Y cómo la hemos de alcanzar? Simplemente, por un acto de fé. No necesitamos ir á postrarnos delante de ningún confesionario; no necesitamos ir á decir nuestros pecados á un hombre tan pecador ó á veces más que nosotros; no necesitamos nada de esto. Nos hace falta sólo el perdón de Dios, único que puede darle; y este perdón le obtendremos si nos humillamos ante Él y le ofrecemos el rico tesoro de nuestra fé. Sin esta remisión de los pecados no podemos pasar.

Pero á la verdad, parece una cosa inconcebible que Dios nos perdone en un sólo momento, no sólo las culpas de un día ó de un mes, sino todas las de nuestra vida. Sí, Dios lo hace así. Él perdona de una sola vez, por largos que hayan sido los años de nuestra vida, todas las culpas que hayamos cometido en ellos. Él no necesita ni meditar, ni reflexionar, ni prepararse de ningún modo para otorgarnos este perdón. En la Palabra de Dios está escrito: «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para que nos perdone nuestras culpas y nos limpie de toda maldad.» En estas palabras no se dice que tenemos que estar un día y otro llorando nuestros pecados, dándonos golpes de pecho y recitando con lábio trémulo toda clase de oraciones; no se dice que nos cubramos de ceniza y jiramos eternamente. No, no nos hace falta nada de esto. Sabiendo que Cristo ha muerto por quitar el pecado del mundo, nos basta con que nos reconozcamos pecadores, infinitamente pecadores. Los méritos de Jesús se nos aplican entonces y desde aquel instante somos salvos. En la Epístola á los Romanos, cap. IV, vers. 5, se dice: «Él justifica á los impíos.»

Sintiéndonos perdonados por Dios, por medio del Salvador, una dulce paz es lo primero que se apodera del alma. Entonces se verifica en nosotros

algo de aquellas palabras de San Pedro: *Estando plenamente satisfecho* de que tu pecado te ha sido perdonado de una manera justa, como perdonado por la sangre preciosa de Cristo. Si queremos estar bien con Dios y tener tranquilidad en nuestra conciencia, debemos apresurarnos á obtenerle de Él. Y para conseguirle basta con que le anhelemos. Por otra parte, ¿qué podemos hacer, qué pasos podemos dar en la vida cristiana, qué podemos hacer agradable á Dios y satisfactorio para nosotros mismos si no tenemos el perdón de Dios? De la propia suerte que en la posición futura de un hombre influyen notablemente sus primeros principios, sus primeros estudios, su carácter, su educación, en la vida del cristiano no sólo presente, sino también en la del porvenir, han de influir notablemente las ideas que sobre este punto fundamental del cristianismo, el perdón de Dios, tenga. Nuestro destino presente y futuro dependen del recto conocimiento que tengamos de este asunto.

Y no sólo es conveniente para nosotros mismos, sino que también lo es con relación á todos los demás hombres, que tengamos una idea clara de cómo se alcanza el perdón de Dios. ¿Cómo podríamos traer á otros á la fé de Jesucristo, cómo podríamos hacerles sentir el apremiante poder de su amor, si nosotros mismos no estuviéramos convencidos de que nos ha amado personalmente y ha borrado una por una todas nuestras culpas? Para poner á otros en estado de que Dios los perdone, necesitamos estar nosotros en Él. No se puede ser buen apóstol sin ser buen creyente. Podrá haber verdades secundarias, si podemos llamarlas así, que unos cristianos acepten y otros rechacen, pero verdades como estas: «El Cordero de Dios es el que quita los pecados del mundo,» tienen que ser reconocidas forzadamente por cuantos de cristianos se precien. Pues que el Cordero de Dios quita los pecados del mundo, vayamos á Él para que nos los quite; pues que Él perdona, vayamos á Él para que nos perdone. Él nos dará perdón y con él paz hoy y gloria mañana.

LOS JUDIOS.

VII.

D. Juan II y su célebre ministro D. Alvaro de Luna fueron un poco más humanos con esta raza proscrita. En 1413, publicó aquel en Arévalo una pragmática por la que acogía á los israelitas bajo su protección y mandaba que se los considerase como cosa suya. Levantó la prohibición que pesaba sobre aquellos de no ejercer ciertos oficios y ordenó á los ayuntamientos, con penas muy severas, que no se metiesen para nada con los judíos.

Acusaron de sacrilegio á los rabinos de una de las sinagogas de Segovia, y como lo que entonces se buscaba no eran más que pretextos para despojarlos y asesinarlos, el obispo Juan de Tordesillas, como si él tuviera jurisdicción para ello, los mandó arrastrar y descuartizar y les confiscó la sinagoga, convirtiéndola en iglesia.

Cuando murió D. Juan la situación de los judíos cambió totalmente. Los nobles impusieron á Enrique IV el Impotente, para reconocerle, la condición de que había de expulsar á todos los moros y judíos de sus reinos. Los judíos encargados por D. Juan de cobrar las contribuciones sufrieron grandes vejámenes; con este motivo, fueron apaleados y muertos muchas veces, como si ellos tuvieran la culpa de recaudar el dinero que el Rey les ordenaba.

En 1468 ocurrió en Sepúlveda, el domingo de Pasión, otro robo de un niño cometido por los judíos; fábula tan repetida en la historia de estas pobres gentes, inventada ora por el fanatismo que quería su exterminio, ora por la codicia de robarles y de saquearles. Se dijo que los israelitas habían robado un niño, y que á instigación del rabino Salomón Picho, le habían crucificado. La noticia cu-

dió y los buenos populares de aquel tiempo se alarmaron y se dispusieron á hacer las fechorías que acostumbraban en semejantes casos. Pero el obispo de Avila, D. Juan Arias, puso mano en el asunto, hizo averiguaciones, llevó á diez y seis judíos á Segovia, los puso en el tormento, y después, en disyuntiva, ahorcó unos y quemó á otros. Pero esto pareció al pueblo poco. Si el crimen hubiera sido cierto, harto vengado estaba con las ejecuciones ordenadas por el obispo de Avila. El pueblo se amotinó, entró á saco en las juderías, robó, incendió, mató é hizo cuantas atrocidades eran de rigor en semejantes instantes.

Hasta entonces se había respetado á los judíos convertidos al catolicismo; pero hubo un tiempo en que ni á estos siquiera se respetó. Sucedió que habiendo caído en desgracia del Rey D. Juan Pacheco, creyó este que el medio mejor de recobrarla era arrojar del alcázar á su alcaide Andrés de Cabrera. Con este objeto, Pacheco sedujo á los hidalgos segovianos, que entraron en sus planes. Con pretexto de perseguir á los judíos odiados por el pueblo, debían los nobles asaltar el alcázar y tomarle. Cabrera sabía la conjuración y estaba preparado. Llegada la hora los conjurados corrieron á las casas de los judíos convertidos ya y bautizados, y sin duda por entretenerse, los fueron degollando uno por uno, y la matanza hubiera sido mayor aún, si Cabrera preveído, como hemos dicho ya, no hubiera acudido á socorrer á los tristes judíos á quienes se asesinaba como á corderos en su redil. Pacheco pagó con la muerte su crimen, tanto más odioso, cuanto se decía que descendía de una judía llamada María Fernandez Fadira. Poco después en Andalucía y en Castilla sucedió lo propio con los judíos.

Malos tiempos vinieron después sobre España por efecto de aniquilar una de las grandes fuentes de riqueza y de trabajo del país, que eran los judíos. Los tributos pesaban sobre esta raza con una desigualdad irritante con respecto á los cristianos; la ruina del comercio y de la industria eran completas; la miseria general; la escasez de numerario angustiosísima. Toda clase de providencias reales eran inútiles. Se llegó hasta tasar los artículos de primera necesidad. La fanega de trigo había de valer en todo el reino de 15 á 16 maravedises, la liebre 3, el conejo 2, la gallina 4 y así sucesivamente. Pero esto no remedió, como jamás lo remedian las medidas anti-económicas, los apuros de la nación, y esta siguió mirando de reojo á los judíos que en medio de la miseria general y de las exacciones que sufrían tenían para comer y para vivir, lo que no acontecía á los orgullosos castellanos.

LA SABIDURÍA.

Gran cosa es la sabiduría, la cual nos muestra todo el mundo, y nos mete en los secretos de todas las cosas y nos lleva á Dios, y nos muestra las sendas de la vida. Esta nos dá en el alma templanza, esta alumbra al entendimiento, concierta la voluntad, ordena el mundo y muestra á cada uno el oficio de su estado. Esta es reina y señora de todas las virtudes, esta enseña la justicia y temple la fortaleza; por ella reinan los reyes y gobiernan los príncipes y ella halló las leyes con que se rigen los hombres.

Donde puedes ver que bien empleado sería cualquier trabajo que por ella se tomase. Por eso no compares los sabios á Sisifo infernal, aunque los veas muchas veces tornar á aprender de nuevo lo que tienen sabido, mas antes los compares á los amadores de alguna gran hermosura, cuyo deleite de verla recrea el trabajo de seguirla. ¡Oh alta sabiduría, fuente divina, de donde mana clara verdad, do se apacientan los altos entendimientos! ¿Qué maravilla es, pues, crear tan dulce que tornemos á tí muchas veces con sed?

PEREZ DE OLIVA.

LOS PRÍNCIPES, LOS SÁBIOS Y LA IGLESIA.

En el momento que parecía más grande la Iglesia papal; cuando na la parecía poder derribarla; cuando parecía que ni en el cielo ni en la tierra había fuerzas bastantes para contrarrestar su influencia y su poderío, Dios mismo la suscita tres enemigos poderosísimos que la habían de arruinar: los príncipes, los letrados y la Iglesia misma. Esto era antes de estallar el supremo grito de protesta y de esperanza que se llama la Reforma.

La lucha entre los príncipes de la tierra, aunque sordamente, había empezado desde tiempos atrás. Los príncipes Hohenstaufen no habían tenido miedo de oponerse á las pretensiones papales; pero entonces era terrible cosa hacer esto y el que lo hacía sufría terribles lecciones. Lo ocurrido en el castillo de Canosa es sabido. Enrique IV, aquel tan temido Emperador, ataca á Roma por mucho tiempo, é inutilmente en verdad, y el resultado de esta lucha contra un poder más fuerte que él, fué verse reducido á pasar tres días y tres noches en los fosos de aquella fortaleza, á la intemperie, en medio del invierno, casi desnudo, cubierto con un poco de lana, hasta que cansado el famoso Hildebrando de oír sus quejas, sus súplicas, y sus ruegos, resuelve perdonar al suplicante. El poder de los Emperadores se mellaba aún en el escudo de los Pontífices.

Pero si la fuerza material era impotente para derribar al coloso romano, Dios envía á un número considerable de hombres que le vayan mandando y destruyendo poco á poco. Son los sabios, los literatos, los poetas. El Dante coloca en su infierno á los Papas más grandes; hace terribles descripciones de los frailes y de las monjas y hace al mismo apóstol Pedro pronunciar desde el cielo terribles anatemas contra los Pontífices. Petrarca pide el restablecimiento de la Constitución primitiva de la Iglesia, y al efecto demanda el concurso del Emperador Carlos IV. Lorenzo Valla, el sabio famosísimo, ataca con singular rudeza las pretensiones del papado. De todas partes se levanta una nube de escritores, de literatos, de poetas que hacen versos que escriben libros, que reúnen á los para lanzarlos contra aquel poder que parece más fuerte que el granito, y contra el cual se han estrellado hasta entonces los dardos por muy acerados que hayan sido, de todos los enemigos.

Pero faltábale al poder pontificio otro adversario más terrible aun, la misma Iglesia. Un grito de angustia lanzado por todas aquellas conciencias que se ahogaban en medio de la axfisia moral que por todas las partes las rodeaba, resonaba doquiera. En el Concilio de Constanza se manifestó esto mismo. Un número inmenso de cardenales, arzobispos y obispos, mil ochocientos doctores y sacerdotes, el elector de Sajonia, el elector Palatino, los duques de Baviera y de Austria, los embajadores de todas las cortes, el Emperador Segismundo con un acompañamiento de más de mil personas, dieron á este Concilio una autoridad como pocos la habían tenido. A más de estos hubo en el Concilio los doctores de la Universidad de París, los de Alby, los Gersons, los Clemangis, hombres tan notables por su virtud como célebres por su ciencia. Terrible fué esta Asamblea; si con una mano quemó á Juan de Huss, con la otra derribó tres Papas. ¿Y qué se hizo en cuanto á los asuntos espirituales? Se propuso que se nombrara una comisión compuesta de diputados de todos los países, para que propusiera una reforma trascendental. El entusiasmo es grande. Todos los asistentes al Concilio y los cardenales, entre quienes se ha de elegir Papa juran que no saldrán de Constanza sin haber realizado la reforma tan deseada. Al fin es elegido Colonna, que tomó el nombre de Martín V. «El Concilio está cerrado» es su primer grito. Todo el mundo se alarmó. El Emperador Segismundo lanza un grito de sorpresa. Pero aquel grito se desvanece en el aire y la Iglesia toda queda tristemente sorprendida al ver que las cosas van á quedar

como antes y que los abusos van á seguir siendo los mismos.

Todas las tentativas de reforma que hubo en este tiempo y en los anteriores no eran más que preludios del gran movimiento del siglo XVI. ¿Podía creer nadie que los mismos Papas, interesados como el que más, en los abusos de la Iglesia, podían querer corregirlos? No. Dios deparaba el remedio por otro lado. Dejábale á un humilde fraile que había sentido sobre su corazón todas las angustias que las prácticas romanas ponen sobre el alma. El dió el grito y Dios le dió su fuerza. Por eso venció.

LA TRIBULACION.

¿Por qué, por qué, me dejas?
Señor, Dios mío, Padre, vuelve y mira:
¿De mis ardientes quejas
Tu bondad se retira?
¿Tú cesas, y mi lábio á tí suspira?
De tu nombre en la gloria
Los míseros flaron; Tú les diste
Del opresor victoria;
Sus plegarias oiste,
Y su esperanza y su salud cumpliste.
La muerte y sus dolores
Rompen mi corazón; en mis oídos
Suenan ya los clamores
De los apercibidos
Mónstruos á devorarme, y sus bramidos.
A las fauces pegada
Mi lengua está; y al polvo me ha lanzado
Del olvido tu airada
Diestra: en torno he mirado,
Y el mar de la aflicción me ha circundado.
Mi pecho, como cera,
Del dolor se liquida y desfallece;
Cual la llama ligera,
Muy más mi angustia crece,
Y aguija al enemigo, y me estremece.
Gusano soy, no hombre,
Oprobio de los hombres y su ira;
Sin que mi mal le asombre,
Me mofa quien me mira,
Y mueve la cabeza, y se retira.
A voces dicen: venga,
El Dios venga en que espera néciamente;
Su brazo le sostenga;
O en su suelo fulgente
De gloria ciña su abatida frente.
Entonces acataremos
Su mísera orfandad y su inocencia;
En tanto devoremos
Su pan, y la clemencia
De ese su Dios sustente su indigencia.
Mas Tú sobre las alas
De querubines vas: los montes toca
Tu dedo, y los iguales
Con los valles; tu boca
Sopló, y en polvo vuela la árdua roca.
Cual madre compasiva
En mi débil infancia me has guiado:
Contra la suerte esquivada
En hombros me has tomado,
Y siempre entre tus alas me has guardado.
Sólo soy, y Tú fuiste
Mi padre: enfermo te imploré en el lecho,
Y salud me trajiste...
¡Ay! ven, cubre mi pecho,
Que blanco todos de su saña han hecho.
Ven, corre poderoso;
Confúndelos, Señor; no más dilates
El brazo victorioso
Con que fuerte combates,
Y los cedros altísimos abates.
Corre, corre, que crece
Cual ola de la mar, el dolor mío,
Y á mis pies se estremece
El averno sombrío...
Ven, Señor, llega, que en tu diestra fio.
MELENDEZ.

EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO,

con textos del Nuevo Testamento,

según la traducción del Padre Felipe Scio.

(Continuación).

TERCER APÉNDICE.—EL CULTO.

Con los Sacramentos, y especialmente con la celebración de la santa misa, está combinado este culto magnífico, que suele ser considerado como una preferencia especial de esta Iglesia. Verdad es que las catedrales altas, el incienso, los vestidos de los sacerdotes, la música y las solemnidades suntuosas, hacen á los sentidos una impresión fortísima y engendran un sentimiento de reverencia sublime y devoción profunda. Pero esto es justamente lo peligroso y lo que perjudica. Por lo general, se puede suponer que los que vienen á la Iglesia lo hacen porque quieren edificación religiosa y devoción; pero en vez de darles entonces la sencilla sincera Palabra de Dios como semilla de la regeneración para la vida eterna, para que sean conducidos á lo que es verdaderamente necesario, se les excitan sentimientos oscuros que tienen la apariencia de una devoción religiosa, pero que no lo son en realidad; sólo halagan al hombre sensual. Tal devoción le place porque también el hombre natural puede con esto muy bien aparecer devoto y piadoso. No se pide nada de su hombre interior, lo que no podrá hacer con igual comodidad el hombre sensual exterior. Después de acabada la solemnidad en que ha tomado mucho interés el que ha ido á la iglesia, se va á su casa creyendo que ha sido por una hora muy devoto, hasta muy piadoso. Ha cumplido con su deber religioso, y como él opina con mucho interés interior. ¿Cómo puede faltarle la bendición de la Iglesia y de la eterna salvación? Pero en la verdad y realidad todo aquel estado es un engaño. El hombre sensual ha sido piadoso. Ser piadoso con el corazón viejo, inquebrantado, carnal, esta es una religión que gusta á los hombres del mundo. Un fenómeno muy notable es que los hombres más piadosos en el sentido eclesiástico, las más veces son muy malvados. Como la historia enseña, son á menudo las personas más desordenadas, los más grandes fanáticos de la fe. El corazón en su ser no es santificado por este culto, ni el pecado castigado en el corazón. No siente la maldición del pecado, ni la ira de Dios. No reconoce la necesidad de una mudanza fundamental del interior y conversión de corazón. Pues con tal devoción y piedad se queda en torpe reposo de la conciencia el viejo hombre, no convertido, que ha sido y que es. ¡Con qué engaños se halagan así los hombres bajo la apariencia de la piedad!—Y en eso está el terrible peligro—son conducidos de un paso á otro, y van, engañándose á sí mismos, al encuentro de la eternidad. Una mezcla tan turbia de espíritu y carne no sufre la palabra de la verdad eterna.

Hebreos, iv, 12, 13. Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos y que alcanza hasta la división del alma y del espíritu y aun de las coyunturas y de los tendones, y que discierne los pensamientos e intenciones del corazón. Y no hay ninguna criatura que esté encubierta en su acatamiento: y todas las cosas están desnudas y descubiertas á los ojos de aquel de quien hablamos.

San Juan, iv, 24. Dios es espíritu y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.

El cumplimiento de los mandatos eclesiásticos, aunque sea hecho con tal devoción, no lleva á ninguno al cielo, sino produce una justicia fingida, la cual impide más que todas otras cosas la entrada en el reino de Dios. Un pecador arrepentido es la persona de que se gozan los ángeles de Dios en el cielo, pero no de los orgullosos y presuntuosos santos y justos.

CAPÍTULO V.

EL CAMINO DE LA SALVACION.

1. Si el Hijo de Dios es el Salvador del mundo, entonces lo es también de una manera perfecta, y cuando Él grita en la cruz: CONSUMADO ES, entonces los hombres no tienen necesidad de añadir cosa alguna para hacer completa la obra de la redención. No es que Jesús hubiera de consumir una parte de la salvación y el hombre la otra, sino que Jesús nos ofrece todo lo necesario y nosotros no tenemos más que recibir.

San Lucas, xiv, 16, 17. Y Él le dijo: «Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos, y cuando fué la hora de la cena envió uno de sus siervos á decir á los convidados que viniesen porque todo estaba aparejado.»

Isaías, lv, 1. Todos los sedientos, venid á las aguas; y los que no teneis dinero, apresuraos, comprad y comed; venid, comprad sin dinero y sin ningún cambio, vino y leche.

2. Del hombre no se pide otra cosa sino que acepte el regalo ofrecido con gozo y agradecimiento, como un hijo acepta de su padre el don por amor ofrecido á él. El que lo acepta, lo tiene.

3. Según eso ni el infiel, que no quiere oír nada de la obra de la salvación, ni el hombre desesperado que no tiene confianza en el amor y la buena voluntad tan grande de su Padre celestial, ni el hombre arrepentido que no quiere dejar sus pecados, ni el hipócrita y santurrón que trata de engañar á Dios, no pueden participar del beneficio de la redención.

4. El hombre necesita para sí mismo, para ser salvo, estas dos cosas:

a) Perdon de sus pecados, remisión de todo castigo.

b) Un corazón nuevo, quiere decir, debe hacerse otro de lo que ha sido porque es por naturaleza malvado, debe ser regenerado.

c) Las dos cosas no puede ganar él mismo, le deben ser regaladas.

5. El hombre participa á de estos dos dones, si se pone debajo de la ley general del reino de Dios en el nuevo pacto, la cual Jesús ha proclamado en el principio de su vida pública.

San Marcos i, 14, 15. Mas después que Juan fué preso, vino Jesús á Galilea, predicando el Evangelio del reino de Dios y diciendo: «Pues que el tiempo se ha cumplido y se ha acercado el reino de Dios, haced penitencia y creed al Evangelio.»

A. Lo que es ARREPENTIMIENTO podemos aprender de aquella parábola del Señor:

San Lucas, xviii, 9, 14. Y dijo también esta parábola á unos que habían en sí mismos como si fuesen justos, y despreciaban á los otros: «Dos hombres subieron al templo á orar; el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo estando en pie oraba en su interior de esta manera: «Dios, gracias te doy, porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, doy diezmos de todo lo que poseo.» Mas el publicano estando lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho diciendo: «Dios, muéstrate propicio á mí, pecador.» Os digo que este, y no aquel, descendió justificado á su casa. Porque todo hombre que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.

De esta parábola aprendemos las cosas siguientes:

1. El arrepentimiento es una humilde disposición interior, un sentimiento de nuestra indignidad, pero no penitencia por pecados pasados, por lo cual se ganase el perdón.

2. Esta disposición humilde es el avergonzarse ante Dios y ante los otros hombres, un descontentamiento de sí mismo.

Daniel, ix, 8. Señor, á nosotros la confusión del rostro, á nuestros reyes, á nuestros príncipes, y á nuestros padres que pecaron.

3. Esta disposición arrepentida tiene su razón en el conocimiento del pecado personal y de la culpa contra Dios, no solamente de algunos pecados actuales, sino de la interior disposición mala y estado perverso.

4. El arrepentido recibe la gracia, la justificación, el pleno perdón, la remisión de todos los castigos para tiempos y eternidad, de balde, de la libre voluntad de Dios, sin haber necesidad de enseñar algún mérito suyo, porque Dios quiere glorificar en él su amor y recibir por eso alabanzas y gracias.

(Se continuará.)

LAS RIQUEZAS DE LA IGLESIA.

Se ha discutido mucho sobre la cuestión de las riquezas de la Iglesia. ¿Eran suyas, ni más ni menos que son de un particular las que posee, ó sólo tenía el derecho de usar de las que poseía? Los títulos de adquisición eran títulos legítimos conforme á derecho? Los doctores de la Iglesia afirman que los bienes de la Iglesia son «los votos de los fieles, el rescate de los pecados y el patrimonio de los pobres.» En el exaltado espiritualismo que acompañó á los primeros actos de la Iglesia, los bienes terrestres para ella no eran más que una carga, un medio de aliviar necesidades. Esta es la doctrina también de muchos Concilios. En un Concilio celebrado en Aix-la-Chapelle en el siglo IX, se decidió que los bienes de la Iglesia eran «el patrimonio de los pobres.» En otros muchos Concilios sostúvose esta misma doctrina, llegando hasta decir que aunque la Iglesia tenía muchos bienes, debía considerarse siempre pobre, puesto que todo lo que tenía era de los pobres. Si los bienes de la Iglesia eran de los pobres, ¿á qué ese fin de atesorar y atesorar que ha sido siempre el principal distintivo de la Iglesia católica? ¿Era para repartirlo entre los necesitados ó para aumentar en poder y en influencia, aumentando en oro y en opulencia? Lo cierto es que la Iglesia ha atesorado miles y miles sin cuento, propiedades territoriales inmensísimas, para los pobres por supuesto, y lo que ha entregado á los pobres es la miserable sopa secular dada á la puerta del convento, sopa que si algo alimentaba, más degradaba al infeliz que la recibía.

Gregorio el Grande decía: «Los clérigos son dispensadores de los bienes eclesiásticos; si ellos se apropian lo que les está confiado, roban á los pobres.» San Gerónimo dice: «El deber de un ecónomo es no guardar nada para sí; es una terrible ignominia ver á eclesiásticos que piensan en enriquecerse; es un crimen, porque usurpando los bienes de la Iglesia, roban á los pobres.» Ya lo saben los cardenales y los obispos que pasean en coche sus ilustrísimas personas; ya lo saben los párrocos que cobran doce ó catorce mil duros por los emolumentos de sus pingües parroquias. Roban á los pobres. Si el robar es un crimen condenado por uno de los mandamientos del Señor, ¿no será aún más grave este pecado, si es posible, cuando se comete con pobres miserables que nada tienen?

LA FAMILIA CRISTIANA.

IV.

Amaneció Dios al día siguiente. Era uno de esos días claros y despejados que sólo se ven en España. El cielo estaba azul; no había ni una nube en todo el firmamento. Serían las cinco de la mañana y ya la mujer estaba en pie. Iba de un lado para otro; barria, fregaba, quitaba el polvo, todo con el mayor silencio posible, con el objeto de no despertar al viejo mendigo.

Por fin, este abrió los ojos y se sentó sobre el lecho. Pasóse la mano por la frente, como quien quisiera ahuyentar las últimas sombras de un sueño.

La mujer le dirigió la palabra.

—¿Qué tal habéis dormido?

—Bien,—replicó él,—pero he tenido un sueño, ¡si viérais!

—Vamos, contádmelo.

—Pues oid,—dijo él.—Estaba en un país, yo no sé dónde; sólo sé que hacía frío, mucho frío. Recuerdo que estaba helado y que me temblaban las carnes de frío. Iba yo andando por un camino, y como estaba en cuesta me fatigaba mucho, mucho, porque tengo el pecho algo delicado. Me senté á descansar sobre una piedra. Sentado estaba cuando vi venir hacia mí un hombre que venía por el camino por donde yo iba. Se me acercó y me empezó á hablar. Era muy feo, horrible y daba miedo verle.

—¿Vais á esa ciudad que está ahí enfrente?—me dijo—señalándome un punto blanco que se veía á larga distancia.

—Sí,—le contesté.

—Pues sois de los míos,—replicó.

Yo me quedé estático á aquellas palabras.

—Yo no soy de los vuestros,—contesté maquinalmente sin saber lo que decía, porque aquel hombre me causaba un espanto que se iba aumentando por momentos. Me puso él la mano sobre el hombro y sentí una impresión como si me hubieran aplicado un hierro ardiendo.

—¿Que no?—me dijo.—No seáis inocente, son míos todos los que yo quiero, y á más vais á aquella ciudad que está enfrente. Aun cuando ahora no fuérais mío, lo seríais entrando en ese pueblo. ¿Sabéis cómo se llama?

—No.

—Pues se llama Placer-sobre-el-Oro. ¿Entendeis?

—No mucho.

—Vamos, no seáis estúpido. ¿No me conocéis? ¿No me habéis visto nunca?

—Jamás.

—Me alegro; con eso me conoceréis bien ahora. Yo soy Satanás.

—Pegué un salto sobre mi asiento. Si aquel hombre no era Satanás, en verdad que lo parecía. Tenía una mirada siniestra como pocas he visto y se sonreía sergadamente como quien vive de continuo entre el engaño y la traición.

—No os asustéis, buen hombre,—prosiguió aquel extraño personaje.—Os aconsejo que vayáis pronto á la hermosa ciudad. Allí encontrareis placeres de todas clases. Yo he desferrado de ella la pobreza y la miseria y en todas partes no encontrareis más que fausto, riqueza, esplendor. No seáis tonto y no dejéis de ir á ella. Ahora, hasta otra vista.

Se fué y me dejó turbado y confuso. No sabía qué hacer. Yo estaba en aquel camino sin saber por dónde había venido ni quién me había traído. Me levanté de mi asiento, me encojé de hombros y me dije: «Bah, tontería sería no visitar esa ciudad estando tan cerca de ella. Veamos á Placer-sobre-el-Oro. Debe ser una de las ciudades más bonitas del mundo. Ese hombre me ha dicho que es Satanás; pero esa sin duda debe ser una broma con la que quiera hacer reír á las gentes.» Sin embargo, al decir esto, me acordaba de sus ojos como carbunclos y de sus manos que parecían hierros ardiendo. Eché á andar. La cuesta era muy grande entonces y sentía una fatiga extraordinaria. Cuando di unos pocos pasos, oí á alguien que corría detrás de mí y que me gritaba: «¡Id, id, pero ya sabéis que sois mío.» Era mi hombre; pero yo no le hice caso y seguí adelante. Cuando me causaba, me sentaba sobre los guijarros del camino; cuesta mucho trabajo llegar hasta Placer-sobre-el-Oro. Vi á un anciano que parecía bajar de la ciudad, le detuve, y le pregunté: «Decidme, buen anciano, me han asegurado que Placer-sobre-el-Oro es una de las más maravillosas ciudades del mundo.

—De las más maravillosas—me contestó dolorosamente.—No me dijo más y siguió su camino. Yo no sabía qué pensar. La tristeza que se leía en la frente de aquel viejo, la amargura con que me contestó, me dieron en qué pensar.

—Bueno es el sueño,—interrumpió la mujer,—pero es preciso que almorcemos antes un poco y luego proseguireis vuestro cuento.

ILUSION, ILUSION!

Sobre las ondas del risueño río

La vi cruzar serena;

Era la imagen de un dolor sombrío.

La sombra de una pena.

Era la misma mártir sin sosiego,

La misma que yo ví;

La fué á tocar mi mano y huyó luego.

¿A dónde fuiste, di?

Era una mentira,

Era una ilusión;

Eran los delirios

De mi corazón.

Y está escrito

Que los sueños

Más risueños

Morirán;

Y ellos pasan

Y entretienen,

Y se vienen

Cual se van.

Cuando era joven, entendedlo bien,

De aquello ahora me río;

Soñaba con coronas en mi sien,

¡Donoso desvarío!

Después año tras año vi cruzar,

Ellas se iban en pód

Y yo exclamaba al verlas escapar:

«¡Hijas, idos con Dios!»

¡Eran los sueños

De una ilusión!

¡Eran pedazos

Del corazón!

Si está escrito

Que las cosas

Más hermosas

Sombra son,

Entrad, sombras,

Que está abierto

Un desierto

Corazón.

Pero no quiero, que sois arteras

Como las olas que hay en el mar;

Y sois livianas y sois ligeras

Cual no hubo otras ni las habrá.

Á aquel que el viento sobre la vela

Lanza solícito, á ese amo yo;

Al que contempla la blanca estela

Desde lo alto. ¡Sólo amo á Dios!

A. SANCHEZ DEL REAL.

DE LA TEMPLANZA.

Podríase este mote *ni quid nimis* (nada superfluo) de Apolo Delfico, muy bien aplicarse á la temperancia, cuyos preceptos y reglas son muy saludables á la República, mediante la cual el género de los mortales en general y en particular se conserva. Porque la temperancia, como su primer silla y morada tenga en el apetito concupiscible, aunque su especial poder se emplea en moderar y poner freno á los lividines y pasatiempos del hom-

bre, no menos tiene el poder general para refrenar todos sus demasiados y deshonestos apetitos. Y si la prudencia lebe concurrir justamente con cada una de las virtudes para poder producir efectos buenos y virtuosos, muy mayor necesidad tenemos de la temperancia para conservar nuestro vivir. ¿Quieres ver cómo está en el templo de todas las virtudes? Dime, el oficio de la fortaleza. ¿qué otra cosa es sino una moderación entre avaricia y temor? El oficio de la justicia, ¿qué otro es sino una templanza entre muchos para vivir los hombres en compañía? ¿Una moderación entre pérdida y ganancia? El oficio de la liberalidad, ¿cuál se puede llamar sino un medio entre avaricia y prodigalidad? Porque si queremos bien considerar, no es otra cosa la temperancia en el hombre, sino una moderación de apetitos conforme á razón, y su principal oficio no es otro sino refrenar y restringir los deshonestos deseos y las demasiadas codicias. Y así hallarás que este tiene las llaves de la modestia y castidad, este hace huir las enfermedades del cuerpo, la torpeza del ánimo, la lujuria del vientre, los ímpetus bulliciosos de la ciudad, la discordia de la casa.

MEJÍA.

LA IGLESIA CRISTIANA ESPAÑOLA.

ASAMBLEA DE 1873.

A los fieles de la Iglesia Cristiana Española, á nuestros hermanos en las demás naciones, y á cuantos se interesan por la propagación del Evangelio y crecimiento del reino de Cristo en España, gracia y paz en Nuestro Señor Jesús.

En medio de la profunda agitación que conmueve á nuestra patria, y entre los graves acontecimientos políticos que con vertiginosa rapidez en ella suceden, embargando los ánimos, alimentando una ansiedad continua, y dando lugar á diversidad de juicio en los hombres pensadores, cumplimos con un grato deber al levantar nuestra humilde voz para llamaros la atención hacia el movimiento religioso que aquí se opera, cuyo exclusivo objeto es emancipar las conciencias del yugo inveterado del error y superstición, iluminándolas con la esplendorosa luz del Evangelio, y conducir muchas almas al amoroso y tranquilo regazo de Jesús, donde sólo pueden hallarse la verdadera libertad del individuo, la imperturbable paz de la familia, la justicia y el engrandecimiento real de las naciones, el sabio progreso y legítimo perfeccionamiento de la sociedad, la imperecedera salud del hombre. Movimiento regenerador que, á través de muchos y grandes obstáculos, se vá abriendo paso con lentitud, sí, pero con incansable afán, con no interrumpida constancia, y de una manera legal, pacífica, desinteresada, contrastando grandemente con el agresivo empeño de otras ideas religiosas, erróneas siempre, caducas ya y desprestigiadas en nuestros días, que apelan á la efusión de sangre y á la destrucción para recobrar el supremo poderío sobre el espíritu y la materia, de que gozaron en el transcurso de aciagos siglos, y que por dicha del hombre perdieron para no volverlo á poseer jamás.

Si, el anuncio de la Buena Nueva de Salud, la predicación de la Palabra de Dios, sigue sin interrupción en nuestra patria. Y aunque la doctrina de la Cruz sea hoy, como ha sido siempre, escándalo para unos y lecura para otros, es, sin embargo, potencia de Dios y sabiduría de Dios para los que se salvan. Aunque en esfera humilde, existe ya entre nosotros un pueblo de Dios, pequeño relativamente, pero que será sin duda para lo venidero como la levadura que ha de hacer fermentar toda la masa como el manantial de donde han de brotar raudales inagotables de bendiciones, como el centro de donde ha de irradiar la verdadera justicia que engrandecerá á la nación. No creemos hacernos ilusiones ni pecar tampoco de optimistas al expre-

sar nuestra íntima convicción de que, para el risueño y venturoso porvenir de nuestro pueblo, mediante el auxilio del Todopoderoso, ha de ejercer una saludable influencia la Iglesia Cristiana Española.

Ocupada esta constantemente en los trabajos de misión y propaganda, no olvida por ello los de organización, necesarios siempre, indispensables en nuestros días, cuando la divergencia de ideas, la disgregación de las antiguas fuerzas y el choque de encontradas aspiraciones é intereses parecen constituir el estado normal de algunos pueblos. Por esta razón, nuestra Iglesia tiene un solícito empeño en celebrar Asambleas anuales; por esta razón, á pesar de serios obstáculos, se ha reunido este año en Madrid.

La Iglesia Cristiana Española que, como expresión de sus creencias, ha presentado ya al mundo cristiano su Confesión de fé, necesitaba un Catecismo de doctrina para la enseñanza doméstica y escolar y un Código de disciplina para el régimen general y para la necesaria unidad en sus trabajos. Estos importantísimos documentos, y la resolución de varios asuntos originados en el transcurso del año anterior, debían ser el objeto de las deliberaciones de la Asamblea.

En la noche del 40 de Junio, se hallaban reunidos en la iglesia del Redentor, calle de la Madera Baja, en Madrid, la mayor parte de los representantes de las iglesias españolas. Congregados con una muchedumbre de sus hermanos, celebraron un culto para implorar las divinas bendiciones sobre la Asamblea. Las palabras del apóstol Pablo, «Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que habita en nosotros», constituyeron el tema de la predicación apropiada á aquellas solemnes circunstancias.

El día 11 de Junio se abrió la Asamblea. Ocupada la mesa por los individuos que formaban el Consistorio en el año anterior, presididos por D. Antonio Carrasco, leyóse un capítulo de las Santas Escrituras; y hecha una oración para impetrar el auxilio del Espíritu Santo, procedióse á constituir la Asamblea. Fueron admitidos como representantes los señores siguientes:

Por la iglesia de Jesús, Madrid: D. Francisco de P. Ruet, y D. Federico Fliedner.

Por la del Redentor, ídem: D. Antonio Carrasco, y D. José González.

Por la del Salvador, ídem: D. Juan Jameson, y D. Ángel B. Fernández.

Por la de las Peñuelas, ídem: D. Joaquín Maza Giménez, y D. Guillermo Moore.

Por la de Bellas-Vistas, ídem: D. Manuel Plácido Hernández.

Por la iglesia de Sevilla, D. Juan B. Cabrera, y D. Francisco Cabrera.

Por la de Córdoba, D. Antonio Sánchez López, y D. Hugo Waddell.

Por la de Huelva, D. Pablo Sánchez Ruiz, y D. José Hernández.

Por la de Granada, D. José Alhama, y D. Manrique Alonso.

Por la de Valladolid, D. Pedro Castro.

Por la de Camuñas, D. Félix Moreno Astray.

Por la de Jerez, D. José Vilasid.

Por la de Alicante, D. Isidro Vila.

Por la de Santander, D. W. H. Gulick.

Los representantes de las iglesias de Barcelona, Cádiz, Cartagena, Málaga, Mahón y Zaragoza, no pudieron asistir á la Asamblea.

La iglesia de Bellas-Vistas en Madrid, y las de Alicante, Jerez y Santander, enviaban por primera vez sus representantes, para firmar la Confesión de fé y unirse á la Iglesia Cristiana Española.

Formaron también parte de la Asamblea, pero sin voto, los Sres. Armstrong, Gladstone, Faithfull y Montandon. Otros señores residentes en Madrid, Barcelona y Cádiz habían sido igualmente invitados, aunque no forman parte de nuestra Iglesia, pero no asistieron, si bien manifestaron en sus comunicaciones respectivas el deseo de

que Dios bendijera los trabajos y acuerdos de la Asamblea.

El Consistorio dió lectura á una Memoria de sus trabajos durante el año, y por unanimidad se le dió un voto de gracias.

Procedióse á nombrar la mesa que había de dirigir las discusiones, y resultaron elegidos los señores Ruet, Presidente; Alhama, Vice-presidente; Fernández, y Cabrera (D. Francisco), Secretarios. Nombráronse las comisiones que habían de dar dictámen sobre varios asuntos, y se dió principio á la discusión del Catecismo, cuya redacción había sido confiada á los Sres. Juan Black, Juan B. Cabrera y Guillermo Moore.

Este Catecismo era una traducción del pequeño de Westminster, con algunas modificaciones y supresiones, aumentado con una sección sobre la Iglesia. Tanto respecto á su forma como á su contexto, la discusión dió lugar á amplísimos y levantados debates, sostenidos con el tesón propio de las convicciones arraigadas, en que se manifestaron algunos de los sistemas teológicos que han diferenciado á las iglesias de la cristiandad. Algunos días se invirtieron en estas discusiones, que amenazaban prolongarse más tiempo del que podían disponer los representantes. En vista de esto, y teniendo en cuenta por otra parte que nuestra Iglesia no se halla huérfana de catecismos, algunos de los cuales se usan en las escuelas con no pequeño aprovechamiento, mientras se sentía la perentoria necesidad de un Código de disciplina, resolvió la Asamblea suspender la discusión del Catecismo, y proceder desde luego á la del Código redactado por D. Juan B. Cabrera.

Esta discusión, escepcion hecha de algunos artículos, fué en lo general más templada que la anterior, y más fecunda en resultados positivos, puesto que se iban aprobando casi siempre por unanimidad los diversos artículos de que constan las secciones. Pero al entrar en la sección XII ocurrió un incidente que habría sido desagradable á no haber tenido un desenlace feliz. De buen grado omitiríamos nosotros hablar de este incidente, si no hubiese traspirado ya á una parte del público cristiano. Más para quitar todo fundamento á las exageradas proporciones que pudieran dársele, y no habiendo tampoco nada en este caso que deba rehuir la publicidad, séanos permitido indicar someramente lo entonces ocurrido.

La sección XII del Código trata del bautismo, y después de establecer en los artículos 1 y 2, que puede bautizarse en nuestras iglesias todo adulto que lo pida, si hace profesión pública de fé cristiana y no está ya bautizado, y todo párvulo cuyos padres ó encargados sean miembros de una iglesia evangélica, (artículos en conformidad con la Confesión de fé, y que fueron aprobados), añadía:

«Artículo 3. El bautizar á párvulos, cuyos padres sin ser cristianos evangélicos pidan dicho bautismo, se deja á la determinación de la Junta de cada congregación, la cual no debe concederlo sino en circunstancias especiales.»

Este artículo causó una profunda división en los pareceres de la Asamblea. Considerábanlo unos como la hipótesis de un caso excepcional, pero probable, cuya resolución debía dejarse á la discreción y prudencia de las Juntas, las cuales pesarían con madurez de juicio las circunstancias, y obrarían según su conciencia y bajo su responsabilidad. Y opinaban así, teniendo presente que en nuestra patria hay individuos cuyas relaciones con nuestra Iglesia tienen cierta semejanza á la conducta del tonto Nicodemo que iba de noche á visitar al Divino Maestro. A los hijos de estos, ¿podría negarse en absoluto el bautismo? Otros, por el contrario, consideraban el artículo como una innovación antibiblica, afirmando que encerraba un principio de doctrina que venía á barrenar la Confesión de fé y habría puerta franca en nuestra Iglesia á los hijos de los infieles. ¿Y podrían en conciencia admitir el artículo que en definitiva favorecería á los muchos que no tienen fé alguna, pero sí bastante supers-

cion para pedir para sus hijos un bautismo, cuya significacion desconocen y cuyos compromisos no se hallan dispuestos á cumplir? En medio de estas dos opiniones irreconciliables, despues de una considerable amplitud en el debate y pr via una ferviente oracion para implorar la luz y el auxilio del Divino Espíritu, se procedió a la votacion, siendo aprobado el artículo por doce votos, y teniendo en contra cinco y una abstencion. En vista de este resultado, los que habian votado en contra manifestaron que no podrian suscribir el Código ni pertenecer   una Iglesia que tales doctrinas sustentaba. Para evitar esta ruptura, propuso la mayoría diferentes fórmulas de conciliacion que no fueron aceptadas. Momentos de ansiedad y angustia reinaron entonces en la Asamblea.  Era posible que se verificara un rompimiento alli precisamente donde tanto se trabajaba para la cohesion y unidad de la Iglesia Española? No. La mayoría decidió sacrificar su opinion, considerando que un caso hipotético no era causa bastante grave para justificar una ruptura; y suprimió el artículo, reservándose el legislar sobre esta materia para cuando se presentare la realizacion de un caso de esta especie. Asi termin  este incidente, cuyo desenlace demostró   la Asamblea que estamos prontos   sacrificar espontáneamente lo que no creemos fundamental, en aras de la unidad de la Iglesia.

Prosiguió entonces la interrumpida discusion del Código. Pero estos debates y la resolucion de otros asuntos que se interpeaban en la órden del dia, consumian más tiempo del que podia disponer la Asamblea. Hallábase esta en la alternativa de adoptar una rápida precipitacion en las discusiones para llenar por completo su cometido, lo que consideraba perjudicial porque suele ser de  fmera existencia lo que asi resuelve,   de aplazar para el año próximo lo que restaba discutir, considerando que para hacer algo duradero se necesitan una gran madurez de juicio y una grande amplitud en el debate. Por este último extremo se decidió la Asamblea, acordando que se pusieran en vigor las diez y seis primeras secciones aprobadas del Código, y que las nueve restantes rigieran provisionalmente en cuanto sea posible atenderse por ahora   lo que en ellas se dispone.

El Código de disciplina asi adoptado ha introducido en nuestra Iglesia una reforma de gran trascendencia, la formacion de presbiterios. En su consecuencia, la Asamblea ha sancionado provisionalmente los siguientes:

Presbiterio de Sevilla, que comprende las iglesias de Sevilla, Jerez, Cádiz, Huelva, Córdoba, Granada y Málaga,

Presbiterio de Madrid, Sur, que comprende las iglesias del Redentor (Madera Baja) y de Bellas-Vistas en Madrid, y las de Camuñas, Cartagena y Alicante.

Presbiterio de Madrid, Norte, que comprende las iglesias de Jesús (Calatrava), del Salvador (Limon), y de las Peñuelas en Madrid, y las de Valladolid y Santander.

Presbiterio de Barcelona, que comprende las iglesias de Barcelona, Mahón y Zaragoza.

La Asamblea se ocupó en la resolucion de otros varios asuntos que seria difícil enumerar; sólo mencionaremos con brevedad los siguientes:

Pronunci se la destitucion del pastor de una iglesia, y nombr se una comision que vaya   otra   informe acerca de ciertos cargos que se han hecho contra el pastor.

Admiti se la dimision del cargo de pastor que presentó el que lo era de la iglesia de Valladolid, D. Pedro Castro.

Resolvi se coadyuvar   los laudables fines de la Sociedad de Tratados religiosos, conviniendo los pastores en recibir depósitos de aquellos que consideren más adecuados   las necesidades de cada localidad, y disponer su distribucion en la forma que mejores resultados pueda   su juicio producir.

Consider se la necesidad de establecer estudios para la educacion y formacion de nuevos pastores, y se reconoció la conveniencia de crear en Madrid

una escuela de teología. La Iglesia presbiteriana de los Estados Unidos de América había indicado ya la idea al Consistorio del año anterior, y el pastor D. N. H. Gulick hizo algunos ofrecimientos de parte de la Iglesia congregacionalista del mismo país. Nombr se una comision para que considerase más   fondo esta cuestion y presentase dictámen, compuesta de los Sres. Moore, Jameson, Carrasco, Gulick y Cabrera (D. Juan). Esta comision, despues de haberse ocupado con detenimiento de un asunto tan interesante, presentó una Memoria redactada por el Sr. Carrasco, que mereció la aprobacion de la Asamblea. Y en su consecuencia, nombr se otra comision compuesta de los Sres. Gulick, Moore y Fliedner, que adoptaran las medidas necesarias para la realizacion de este proyecto que tantos beneficios puede reportar   nuestra Iglesia.

Antes de separarse los miembros de la Asamblea, habian deseado celebrar un culto en accion de gracia, y participar juntos de la Cena del Señor. A este fin, se reunieron el 25 de Junio por la noche en la iglesia del Redentor, donde tambien asistieron una multitud de fieles de las demás iglesias. La predicacion estuvo á cargo del Sr. Ruet. Terminado el sermón, los Sres. Carrasco y Moore distribuyeron la Eucaristía   los individuos de la Asamblea y   los comulgantes de todas las iglesias de Madrid.

La sesion del dia 27 fué la última de la Asamblea. Terminados satisfactoriamente los trabajos, se nombr  la comision permanente que ha de tener durante el año la representacion de la Iglesia, y resultaron elegidos los señores siguientes: don Juan B. Cabrera, moderador; D. Antonio Carrasco y D. Félix Moreno Astray, adjuntos; D. José Alhama y D. Federico Fliedner, secretarios.

Se acordó que la Asamblea próxima se reunirá en Sevilla el dia 21 de Abril de 1874.

Se envió un cariñoso y fraternal recuerdo   los pastores ausentes, y un voto de gracias á todos los individuos, comités   iglesias que se interesan por las misiones españolas.

Se hizo una oracion dando gracias   Dios por la feliz terminacion de la Asamblea, y se declaró ésta cerrada, despidiéndose en paz los hermanos para sus respectivas iglesias.

Lo que acabamos de exponer constituye sólo una breve reseña de lo hecho en este año por la Asamblea de la Iglesia Cristiana Española. Por ello comprendereis, queridos hermanos, que entre nosotros hay fe, celo y actividad; hay vida. Y si   la fe, aun pequena como el grano de mostaza, prometió Jesús grandes y maravillosos resultados,  c mo no podremos esperar con fundamento para nuestra Iglesia un brillante porvenir, rico en justicia y abundante en frutos de santidad? No se nos oculta que los tiempos amenazan preñados de obstáculos y dificultades de todo género; mas esto no nos descorazona, sabiendo que es omnipotente Aquel en cuyo nombre y para cuya gloria trabajamos.

Multiplicado es el trabajo que hoy tenemos en nuestras manos, y cuya responsabilidad pesa principalmente sobre nosotros. Las reuniones anuales de la Asamblea, las sesiones de los presbiterios, la conservacion y crecimiento de las congregaciones ya existentes y de las escuelas á ellas adjuntas, la inauguracion y establecimiento de nuevas misiones y de nuevas escuelas que lleven la Palabra de Dios   todos los ámbitos de nuestra Pen sula, el planteamiento y conservacion de un colegio de teología que sea como el semillero y plantel de nuevos y vigorosos misioneros, cosas son que no pueden llevarse   cabo sin mucha oracion, sin mucho trabajo y sin muchos dispendios. A nosotros, aunque humildes, nos toca llevar el peso y el calor del dia, á vosotros el proporcionarnos los recursos indispensables,   todos el dirigir incesantes preces al Altísimo para que se digne prosperar la obra y darla el crecimiento. Prontos nos hallamos por nuestra parte   cumplir escrupulosa y fielmente con nuestros deberes; sospechar siquiera que no cumplir ais por la vuestra con los vuestros, cree-

mos sería inferiros una infundada ofensa. Sólo resta, hermanos, que consideremos que el tiempo es corto, y que presto vendrá la noche, en la que no nos será posible obrar.

El Señor, Padre de todas las misericordias, os bendiga   vosotros,   vuestras sociedades y   vuestras Iglesias, con la misma abundancia de celestiales bendiciones que esperamos para nosotros y para nuestra Iglesia Cristiana Española.

Sevilla, Agosto de 1873.

Firmado: JUAN B. CABRERA, moderador.—ANTONIO CARRASCO Y FÉLIX MORENO ASTRAY, adjuntos.—JOSÉ ALHAMA Y FEDERICO FLIEDNER, sec. etarios.

  D. GUILLERMO MOORE.

Sr. D. GUILLERMO MOORE.

Mi estimado amigo y hermano en Nuestro Señor Jesucristo: En el número de LA LUZ anterior   éste publiqué una carta firmada por Vd., en la que contestaba   un artículo que acerca de la Asamblea de la Iglesia Cristiana Española di  á la prensa, obedeciendo   mi deber de tener al corriente   los cristianos de las cosas más importantes en relacion con nuestra obra. Yo me encontraba, al publicarlo, en la necesidad de desagraviar   algunos   de referir fielmente cuanto había ocurrido en la Asamblea, y optó por el último partido; porque, francamente, creo conveniente que el público tenga conocimiento de cuantas tendencias vayan dibujándose entre nosotros, único modo de que piense y se decida con perfecto conocimiento de causa. Usted opina de diferente manera; está Vd. en perfecta libertad de hacerlo.

Lo que Vd. no es tan libre de hacer, por lo m enos antes de saber mi opinion acerca de l particular, es escribir que para mí la gran piedra de tropiezo es la elec n por Dios de su pueblo para salvacion. Yo admito esa doctrina tal y como   mi juicio est  contenida en la Palabra de Dios y rechazo la explicacion que de ella d  el catecismo de Westminster. Esta divergencia en las explicaciones de un hecho que ambos aceptamos no es para mí motivo de ruptura entre hermanos, como lo es para algunos de los que yo he calificado, con razon   sin ella, con el nombre de *Elemento extranjero*.  Acaso no he oido yo decir   uno de sus miembros que no podia haber union entre nosotros, porque por nuestra parte no se admitia la predestinacion, (lo que no es exacto,   m enos que se entienda por predestinacion únicamente las doctrinas que ustedes sustentan) al paso que Vds. habian jurado defenderla?  No he oido yo tambien y to la la Asamblea conmigo, que si se admitian padre nos en el acto del bautismo alguna iglesia se separar  de la Union por ser esa práctica contraria   las Escrituras?  No ha habido otras muchas cuestiones en donde ha dominado la misma tendencia?  No se me ha preguntado   mí si la Asamblea permitia que se predicase contra la doctrina de Calvino,   con un criterio diferente de Calvino en ciertos puntos, y no he contestado con asentimiento de la mayoría, que la Asamblea lo que ordenaba   sus predicadores era, no que predicasen en pr o en contra de Calvino, sino que predicasen   Cristo Crucificado, en quien únicamente encuentran salvacion los pecadores? Y todo esto, independientemente de la cuestion del bautismo, de la que voy á ocuparme,  no he podido yo llamarlo intolerancia,   estar animado de un espíritu intolerante? Me dirá el Sr. Moore que los que tal decian obraban en conciencia, yo lo creo; mas debo decir al Sr. Moore que la Inquisicion española creia, sin duda, obrar en conciencia, por lo m enos muchos de sus miembros, cuando condenaban   la hoguera   los herejes, como en conciencia obraban las iglesias protestantes que perseguian   los que rechazaban algunos puntos de su confesion de fe. Y esto no obstante, la Inquisicion y esas iglesias fueron intolerantes.

Poco tengo que añadir respecto á la cuestion

del bautismo, que fué la que motivó el incidente que todos deploramos. Mas Vd. me ha de permitir que le diga que no se trataba de bautizar á los hijos de padres incrédulos, como Vd. afirma en su carta. La proposición que se discutía no estaba concebida en esos términos, como Vd. y todos los lectores de LA LUZ pueden verlo en la reseña que de la Asamblea pública en el presente número la Comisión permanente de la Iglesia. Tratóse de un caso excepcional y no de una regla general. No niego que en el curso de la discusión, algunos, y yo entre ellos, e vímos ideas muy amplias acerca de este punto; mas es fuerza no olvidar que lo que se discutía era el artículo tal y como está redactado en la reseña indicada.

Lo que la Comisión no dice es que la mayoría buscando siempre fórmulas de conciliación propuso que se dejase en libertad á las iglesias sobre esta cuestión y que Vd. rechazó esta fórmula.

Dice Vd. en su carta que al hablar de hechos fundamentales he querido decir doctrinas ó dogmas fundamentales. Pues bien, yo repito lo que he dicho en mi artículo y no creo haber incurrido en error. Procuraré explicar mi pensamiento con algunos ej-mplos. Vd. admite como yo la verdad del pecado original. Este es para mí un hecho. Mas Vd. puede tener un sistema acerca de cómo se comunica ese pecado de origen, y yo otro: ambos admitimos el hecho, por más que nuestras explicaciones sean diferentes. ¿Y porque nuestros sistemas sean diferentes debemos romper la unión de la Iglesia? Lo mismo digo del hecho revelado de la verdadera divinidad de Cristo y de su perfecta humanidad; este es otro hecho consignado en las Escrituras. Vd. puede conciliar esos términos obediendo á un sistema, yo puedo seguir otro; el hecho es indestructible, porque es revelado; los sistemas son obra del hombre y pueden perecer el día en que se dé una explicación más conforme con los textos bíblicos. En igual caso se encuentra el hecho de la elección, de la muerte de Cristo y otros muchos que pudiera enumerar. Los hechos son ese fundamento, de que habla Pablo, y las doctrinas son esas construcciones que se levantan sobre el fundamento muchas de las cuales están destinadas á perecer. Yo por mi parte creo que entre estas últimas se encuentran algunas de las contenidas en el catecismo de Westminster. No me costaría gran trabajo probar á Vd. que la palabra dogma no ha significado nunca en los escritos de los apóstoles el contenido de la fé cristiana, y por eso yo buscando una palabra que expresara el contenido de esa fé me he servido de la palabra «hecho fundamental.» Me parece que la falta no ha sido muy grave; ¿á Vd. que le parece?

Me pregunta Vd. si puedo citar un solo ejemplo de una Iglesia reformada que haya rechazado su confesión de fé ó catecismo compuestos en tiempos de la Reforma. Puedo citar muchas cuyos miembros admiran á los que redactaron las antiguas confesiones de fé, como yo admiro á los que compusieron la de Westminster, y que han adoptado otras confesiones de fé menos sistemáticas; por ejemplo, las iglesias de Francia, las libres de Suiza y otras muchas cuya enumeración sería larga para esta carta. Si Vd. desea que las enumere, lo haré.

También me pregunta Vd. cuáles son las aspiraciones del siglo XIX; si son las de Pio IX, ó las de los libre-pensadores, ó las de los comunistas. No, Sr. Moore. Las aspiraciones de los cristianos del siglo XIX son otras que las de los que aun viven por las ideas y las aspiraciones en pleno siglo XVII. Las aspiraciones de los cristianos de este siglo son evitar en cuanto sea posible la sistematización de las cuestiones secundarias que dividen, y afirmar las principales que unen; no dar á una confesión de fé, obra de los hombres, la misma autoridad que á la Santa Biblia, porque esto sería una usurpación; alejar aquellos tiempos funestos en que se hacían mortal guerra los luteranos y reformados porque sus explicaciones sobre la cena del Señor eran diferentes; realizar este magní-

fico lema tan cristiano que muchos olvidan: «*in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas.*» Esas son las aspiraciones del siglo XIX, contrarias á las ideas sustentadas en el catecismo que nos ocupa.

Asegura Vd. que el extranjero que estaba con la mayoría abogaría como el que más por la conciliación. Para estar seguro de una cosa es necesario tener pruebas, y yo le aconsejo á Vd. que le pregunte á él mismo cuál fué su actitud en aquella ocasión. Yo no indico cuál fuera; me contento únicamente con indicarle á Vd. el medio de estar seguro de una cosa, por más que reconozca la inutilidad del consejo, si Vd. se ha cerciorado antes de escribir su carta.

Para terminar, debo decir á Vd. que yo no rehuyo nunca la discusión cuando creo tener razón; mas Vd. no ignora que por algún tiempo me veré en la imposibilidad material de continuar esta que sostenemos. Dejémosla, si Vd. gusta, para más tarde, y entretanto, cualquiera que sea nuestro modo de pensar, y sobre la explicación de ciertos hechos, le suplico no dude nunca del respeto y afec-ción particular que le profesa su amigo y hermano en la fé,

ANTONIO CARRASCO.

EL PUEBLO Y EL MANDARIN.

I.

En un poblachon de China
Había un mandarin muy guapo,
Risueño como hubo pocos
Y como risueño, franco.
En paz y en gracia de Dios
El gobernaba su estado;
A veces le daba leyes
Y á veces le daba palos.
El mandarin, en resumen,
Era más bueno que malo,
Tolerante con sus súbditos
Y en el castigo hasta tardo.
Así es que cuanto los suyos
Le pedían, otro tanto
Les otorgaba diciendo:
«Tal amo, tales vasallos.»
Lo cual, como se comprende,
No era en ningún tiempo obstáculo
A que cuando él se irritase
Mandase ahorcar á unos cuantos.
En fin, los suyos le amaban
Por no ser de los mas malos,
Que en China ahorcar á unos pocos
No suele ser gran pecado.

II.

Un día ocurrióse al pueblo
Subir el precio del té,
Y como en estos países
No se puede nada hacer
Sin que el mandarin asienta,
Fuése en derechura á él
El pueblo y le dijo humilde:
«Señor, subimos el té,
Si nos otorga licencia
Su ilustrísima merced.
Este vivir, no es vivir;
No tenemos qué comer,
Y no es justo nos muramos
Siendo tan ricos... en té.
Al inglés le gusta mucho,
Pues que lo pague el inglés.
El que ahora nos paga ocho
Nos pagará entonces diez;
El té queremos subir
¿Nos dará licencia usted?
El mandarin solo dijo:
«¡Vaya, que se suba el té!»

III.

Un día llegó á aquel puerto
Y quiso en él descargar

Un buque, con cargamento
De ópio, por más señal.
El ópio gusta á los chinos,
Todos le suelen tomar,
Y dicen que ven visiones
Celestiales á cual más;
Pero aquella vez sin duda
Quiso hacérselo pagar
Más caro que en otras veces,
Del navío el capitán.
El pueblo fué al mandarin
Y le dijo en puridad:
«O nos dá barato el ópio,
Ó se le manda marchar.»
El mandarin replicó
Con su flema habitual:
«Si no os dá barato el ópio
Yo le haré aprisa alijar.»
Y luego añadió con sorna:
«Pedid, hijos. ¿Queréis más?»

IV.

Viendo el pueblo que obtenía
Cuanto le daba la gana
De su mandarin, mas bueno
A su decir, que una malva,
Movió un día gran jolgorio,
Armóse de todas armas,
Y se encaminó derecho
Hacia su chinesco alcázar.
Ya en la puerta, pidió á gritos
Que los tributos bajara,
Que marchara del palacio
La guardia, que ellos sobaban.
Que no fuera en palanquin
Cuando le diese la gana,
Y mil peticiones como
Estas, tan extraordinarias.
El mandarin irritado
Reunió de prisa á su guardia
Y la lanzó contra el pueblo,
Al que acuchilló á sus anchas,
Y al otro día en las calles
Puso un edicto, que vaya;
El que poco más ó menos
Contenia estas palabras:
«Pena de la vida al que
Salga de noche de casa;
Al que corra por la calle
Se le coje y se le mata.
Al que hable en la plaza pública
Se le ahorca en la misma plaza,
Al que respire muy fuerte
Se le aprieta la garganta,
Y al que se atreva á reirse
Se le coje y se le aplasta.»
Y aquel pueblo antes tan libre,
Desde aquella fecha infausta
Fué el más esclavo de cuantos
Habitan la China esclava.

V.

Si alguno ha creído ver
En caso tan singular
Un ejemplo doloroso,
Y doloroso en verdad,
De lo que puede ocurrir,
¡Válgame Dios! por acá,
Si no queremos deberes
Y sí sólo libertad,
Que con su pan se lo coma,
No he querido yo hacer tal;
Derechos quieren deberes,
La libertad quiere paz,
Y el palo es el que gobierna
Donde estas cosas no hay.

A. SANCHEZ DEL REAL.

LA MILICIA FORZOSA Y EL CRISTIANO.

En el nuevo proyecto de Constitución de la República española, parece se establece la Milicia

forzosa. Esto, si se llegase á aprobar, lo que no creemos, sería, en nuestra opinion, una violación de la libertad y atentatorio á la conciencia. Por lo que afecta á esta, es por la principal razon de que los que nos honramos de ser cristianos, debemos fijarnos muy detenidamente. El Santo Evangelio nos dice que *las armas de nuestra milicia no son carnales*, en Micheas, iv, 3.—En Isaías, ii, 4, se dice: *Martillarán sus espadas para azadones y sus lanzas para hoces: no alzará espada contra su gente ni más se ensayarán para la guerra*. Además, nuestro Divino Maestro nos dice en varios lugares, paz. Véase entre otros, el Salmo, LXXII, 7, 8. También uno de los mandamientos nos ordena *no matarás*, y téngase presente que este no hace excepcion de casos ni personas. En tal situacion, y por las razones expuestas, para nosotros es injusto tal proyecto, y no podremos aceptarle sin faltar abiertamente á la sana doctrina del Evangelio, el que todos están en la obligacion de cumplir ante todo, y las leyes humanas que se separen de Él, serán defectuosas y no harán la felicidad de los pueblos. *Porque la gente ó el reino que no te sirviere, perecerá; y del todo serán asoladas*. Isaías, LX, 12.

DOMINGO SIERRA.

REMITIDO.

Señor Director de LA LUZ.

Muy señor mío y mi apreciable amigo: En el mes último ó principios del actual, escribí á usted deseando, en union de algunos cristianos evangélicos, tuviese Vd. la bondad de darnos su contestacion á la siguiente pregunta:

Dadas las circunstancias graves por que desgraciadamente atraviesa el país, ¿puede ó debe el cristiano hacer uso de las armas voluntariamente ó en caso de que la autoridad le obligue á ello?

Ahora además preguntamos: ¿Puede ó debe el cristiano tomar las armas voluntaria ó forzosamente en defensa de la patria?

Esperando de su notoria amabilidad se sirva satisfacernos en este deseo á que le quedará agradecido, me dispensará la molestia que le ocasiono, quedando á sus órdenes su afectísimo amigo y suscriptor,

DOMINGO SIERRA.

Madrid 27 de Agosto de 1873.

CONTESTACION.

En contestacion al artículo y á la carta que preceden y con que nos ha honrado nuestro amigo D. Domingo Sierra, hoy vamos á decir muy poco.

En el número siguiente diremos nuestra opinion sobre este asunto tan importantísimo con más despaño y con entera latitud.

Dice el Sr. Sierra que en su sentir el cristiano no puede tomar las armas sin faltar á la ley de Dios. Nuestra opinion es diametralmente opuesta. Creemos que el cristiano puede y debe tomar las armas cuando su patria esté en peligro, cuando el poder supremo se lo ordene en situaciones precisamente como la presente en que hay que combatir no solo á enemigos de la civilizacion, sino tambien de la verdadera Iglesia de Jesucristo y en otras diversas ocasiones.

Los más de los textos que el Sr. Sierra cita, tampoco prueban lo que él quiere probar, porque unos se refieren á que la Palabra de Dios ha de ser difundida *sin violencia*, en lo cual estamos perfectamente conformes, y los otros á los tiempos en que el reino de Dios se halle definitivamente establecido sobre la tierra, tiempos que por nuestra desgracia no han llegado todavía.

¿No recuerda el Sr. Sierra que en la guerra franco-alemana inmensas masas de protestantes cayeron sobre Francia y la destruyeron? ¿Cree el Sr. Sierra que los alemanes debieron, por no hacer la guerra, dejar entrar á los franceses en su terri-

torio y que lo destruyeran todo? Hubiera sido un crimen de lesa patria. No olvide el Sr. Sierra que Dios obra por medio del hombre; que no envia legiones de ángeles exterminadores contra los que atacan á los cristianos, y que por consecuencia estos tienen que defenderse cuando son atacados injustamente.

¿No sería el pueblo español cobarde é indigno de que Dios le hubiera dado la gracia de la libertad de conciencia, si se la dejase hoy arrebatar brutalmente por las hordas del absolutismo? Medite bien esto el Sr. Sierra, en tanto que le contes- tamos más extensa y razonadamente.

NOTICIAS VARIAS.

El Tiempo ha oído decir que en una junta celebrada el viernes último en esta capital por los encargados de la organizacion política del partido carlista, se aprobó por seis votos de mayoría, el restablecimiento del tribunal de la Inquisicion, como una de las bases del que imaginan su futuro Gobierno.

Ténganlo entendido nuestros lectores y váyanse preparando; los absolutistas no pueden dejar de representar la barbarie, aunque quisieran.

El martes 30 de este mes de Setiembre, á las once de la mañana, deberán reunirse en la iglesia de la Santísima Trinidad de Sevilla, los pastores y un acaiano de cada una de las iglesias de Andalucía, para hacer los nombramientos definitivos y entender en los demás asuntos de aquel presbiterio.

Han regresado á París todos los peregrinos que salieron de aquella capital, los cuales, en Dijon, visitaron el sepulcro de San Bernardo, que está á cuatro kilómetros de dicha ciudad.

Al mismo tiempo, se prepara en Inglaterra una peregrinacion de católicos á Francia á Paray-le-Monial. El promovedor principal es el duque de Norfolk. El Papa ha aprobado ese movimiento católico en Inglaterra y aplaudido la iniciativa tomada por el duque. Muchos miembros de la aristocracia inglesa tomarán parte en ese acto piadoso.

Los peregrinos se reunirán en la catedral de Kensington y despues de recibir la bendicion, harán su viaje por Londres, Brighton, Newhaven, Dieppe, París y por el ferro-carril de Lyon, á Paray-le Monial.

¿Qué tiempos alcanza Francia!

Segun la *Gaceta de Colonia*, el número de siervos rusos emancipados desde el 27 de Octubre de 1861, fecha de la promulgacion del ukase que abolió la servidumbre en Rusia, hasta 1.º de Agosto de 1873, asciende á 6.992.494 hombres, sin incluir sus familias.

Adelante las emancipaciones.

Hemos visto el primer número de *El Cuartel Real*, periódico oficial del carlismo, que ha empezado á publicarse en Peña de la Plata, y cuyo primer número lleva la fecha del 23 de Agosto último. Entre varias noticias relativas á la insurreccion dá *El Cuartel Real* la de la visita del obispo de la Seo de Urgel al campo de D. Carlos.

El miércoles 20 de Agosto, á las siete y media de la tarde, entró aquel prelado en Urdax acompañado de varios sacerdotes y se alojó en casa del vicario de aquella villa. Al día siguiente montó en un carruaje acompañado tambien de varios presbíteros. El obispo se dirige al cuartel real á saludar á don Carlos, augusto representante de la monarquía cristiana. Así dice el periódico oficial, y aunque habria podido decir monarquía católica, porque

monarquía cristiana es tambien la de Inglaterra, comprendes lo que los redactores de *El Cuartel Real* han querido decir, aunque no lo han dicho; que despues de todo, posible es que ignoren eso, como parecen ignorar otras muchas cosas más, inclusa la historia de España.

El periódico oficial del carlismo añade este comentario:

«La visita habrá de influir en las decisiones de muchos hombres tibios.»—Esto es, en los católicos de novenas como los llamó *La Esperanza*.

«El insigne prelado, dice tambien *El Cuartel Real*, convencido de que la guerra actual es una guerra RELIGIOSA, no ha dudado en cobijarse bajo el estandarte de la fé.»

El buen obispo ha debido sin duda decirse lo que aquel Papa: «Espada, sal de tu vaina y prepárate para exterminar.»

Dice el diario clerical italiano *L'Unità Católica*, que las ofrendas hechas al Papa por los católicos desde 1859 á 1869 ascendieron á *doscientos setenta y dos millones ciento setenta y cinco mil* liras italianas, ó sea *mil cuarenta y cinco y dos tercios millones* de reales en cifra redonda. Aparte de esto hay el *dinero de San Pedro*, que segun *L'Unità Católica* no se sabe aún á cuánto asciende y del cual se dará cuenta cuando el Papa obtenga su última victoria.

Esta última victoria ya se sabe cuál es: el restablecimiento del poder temporal del Papa llevado á cabo por un ejército combinado de las tropas de Enrique V, Rey de Francia, y de Carlos VII, Rey de España. Lo que suceda en Francia no lo sabemos; posible es que suba al trono el conde de Chambord, y que meta á Francia en esa aventura que le costaría perder otras dos ó tres provincias.

En cuanto á lo de España, si Pio IX espera el advenimiento de Carlos VII y las tropas españolas para que restablezcan el poder temporal del papado, puede esperar indefinidamente.

La *Gaceta* ha publicado los resúmenes de los datos recogidos por el Instituto geográfico y estadístico acerca del movimiento de la poblacion de España en el año 1870.

Los estados que se refieren al número de matrimonios celebrados, ofrecen la anomalía de que los matrimonios á que en ellos se hace relacion, son los canónicos por lo tocante á los ocho primeros meses, y los civiles para el cuatrimestre último.

En las capitales de provincias se realizaron, desde 1.º de Enero á 31 de Agosto, 11.487 matrimonios canónicos; y desde 1.º de Setiembre á 31 de Diciembre, 1.131 civiles. Guardando la misma proporcion en unos meses que en otros, si los españoles hubieran acudido en los cuatro meses últimos de 1870 á los juzgados municipales para los matrimonios civiles con igual presteza que á las parroquias para los canónicos en los ocho meses primeros, los civiles deberían ser *la mitad* en número que los canónicos, pero son menos de la *décima parte*.

Y para apreciar este resultado hay que recordar que no sólo se procuró facilitar las diligencias, las dispensas de impedimentos y todo lo demás referente á los expedientes de los matrimonios civiles, sino que se robusteció el establecimiento del matrimonio civil con la sancion penal de que se consideren como ilegítimos, para todos los efectos legales, los hijos de los matrimonios canónicos que no lo sean al mismo tiempo de matrimonios civiles.

En la poblacion de las provincias, con exclusion de las capitales, se nota un resultado semejante. En los ocho meses primeros se celebraron 82.706 matrimonios canónicos, y en los cuatro últimos solamente 8.276 civiles.

Si la ley hubiese impuesto la obligacion de contraer el matrimonio civil antes que el canónico, no se verían estas anomalías.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredera Baja de San Pablo, núm. 27.